

puesto hasta qué punto truecan la economía animal el medro de los órganos sexuales y la secreción del sémen.

Los órganos jeníales ejercen en ciertas partes un influjo particular; así es que cuanto mas poderosamente medra la pubertad, tanto mas se entona y robustece la voz, mayor pujanza adquieren los miembros, mas se ajusta el tejido celular, descarnándose y ostentando toda la tirantez de las formas musculares, y mas se ateza el cutis, y se puebla, especialmente en el pubis, en la barba, pecho y sobacos. Los hombres de anchas espaldas, de voz alta y sonora, como la de Stentor, de pecho cuadrado, de carne desjugada y dura, como la de Hércules; de piel velluda, como la del oso, son muy ardientes en amor. La secreción de su sémen es muy abundante, sus pasiones iracundas, y son en alto grado coléricos, denodados, y aun jenerosos. Poseen los tales todas las prendas del hombre por excelencia; y las mujeres que llamamos *marimachos* (*viragines*) son las que mas se acercan á esta constitución; aunque por otra parte se desvían de las costumbres é incumbencias propias de su sexo, para remedar descarriadamente las que la naturaleza vincula en los hombres.

El carácter particular al sexo varonil descuella por su pujanza, así corporal como intelectual. En la época de la pubertad es cuando el espíritu se encumbra. Los individuos mas irracionales asoman entonces con travesura de ingenio y de carácter, tanto mas descollante, cuanto es mas briosa la mo-

edad. Hase notado tambien que nadie enloquece antes de esta época, y que por lo comun podia entonces curarse la mentecatez de nacimiento. Los sujetos de ingenio sobresaliente adolecen de pubertad precoz y de suma sensibilidad; los dotes mas sublimes del entendimiento solo se manifiestan en la época de la mayor pujanza de la facultad jenerativa, cuando el sémen se halla reabsorvido con abundancia en la economía animal. En este tiempo es tambien cuando el cuerpo está dotado de mas vigor. El empuje interno infunde al individuo disparos encumbrados, conceptos grandiosos, y aquella magnanimidad que le sobrepone á todos los entes que le rodean. El hombre, que á treinta años es un cero sobre la tierra, jamás será nada en su vida. ¿Por qué causa es el hombre el mas enamorado entre todos los entes de la creación? No cabe duda en que un alimento arreglado y sustancioso proporciona diariamente á su secreción espermática materiales mas abundantes que á la de los demás vivientes, reducidos á vivir de yerbas ó de una presa inasequible á todas horas; fuera de esto, nuestra situación, de suyo erguida, debe contribuir á que la sangre se agolpe en los órganos jeníales con mayor abundancia que en los brutos, cuya posición es horizontal: esta es la causa porque la mujer paga todos los meses un tributo de sangre por el útero; y el hombre, además de su frecuente disposición hemorroidal, recibe en los vasos de la cavidad del bacinete y de las partes sexuales un recargo de flúidos nutritivos; de ahí trae su origen la propension á los sarcoceles.

y á los hidroceles, enormes á veces; de ahí el estado varicoso con frecuencia, las conjeſtiones de los mismos órganos y la irritacion consiguiente.

Además de las causas locales que promueven la aficion de la Vénus, está el hombre dotado de una potestad suma para percibir é imaginar el deleite, así como el dolor, y para sobreabultar uno y otro. La estension, la delicadeza del sistema nervioso, la gran capacidad del cerebro, esplayan en el hombre una sensibilidad intensa para todo jénero de impresiones, y proporcionan mayores manantiales á la prepotencia del amor. En efecto, el cuadrúpedo no tiene con su hembra mas que una relacion momentánea; no goza ni la toca sino por un órgano; conoce apenas la trascendencia de los halagos y caricias, pues su piel está erizada de pelo; no le cabe mas que la hez de un deleite grosero, y fuelga breves instantes. El hombre y la mujer experimentan al contrario en el alma mil delicados logros; respiran el amor por todos los sentidos, por los ojos, por el oido, por la fragancia de una flor, ó el hábito; muchas veces solo el contacto del vestido del objeto amado enajena disparadamente el alma del amante.

Si el hombre es pues tan por escelencia enamorado, débelo sobre todo á la potestad nerviosa y á la finura del tacto que le cupo. Las aves son muy ardientes en amor, á causa de su anchurosa respiracion, que arroja tanto ímpetu sobre su circulacion, tanto vigor á sus músculos, y tanta movilidad á su sistema nervioso; en prueba de ello citarémos

el gallo, el palomo, el gorrion, y otros granívoros, que esceden á los cuadrúpedos bajo este respecto; y vense tambien tísicos, que, devorados de la calentura del aparato respiratorio, se abandonan á desenfrenados escesos, que son casi siempre mortales en amor. Entre los mamíferos, los que encierran un sistema nervioso cerebral mas acabalado son tambien mas salaces; tales como los monos, que manifiestan el mas escandaloso abuso de su perpetua lascivia; al paso que otras especies de escaso cerebro no enjendran sino una ó dos veces al año. Los ratones y las ratas, que, relativamente á su menguado cuerpo, tienen mucho cerebro, son sumamente prolíficos; y el asno, mas ardiente para el coito que el caballo, posee tambien un cerebro proporcionalmente mas abultado que este último. En efecto, la gran potencia cerebral, si no se espense en la meditacion y el estudio, robustece en extremo la facultad jénital, así como el escasear la potencia jenerativa acrecienta la pujanza de la cerebral. Á esto podemos añadir que los bastardos y primojénitos, producidos por ardoroso y vehemente amor, estan dotados por lo comun de mayores fuerzas y de inteligencia mas trascendental que los otros.

Es tal la actividad de la potencia nerviosa del hombre sobre sus órganos jénitales, que con frecuencia le embelesa en medio de la ilusion de los sueños, presentando á su fantasía la copa abrasadora del deleite, y produciendo á veces el efecto de la realidad. Esta intension de la fantasía no aparece entre los cuadrúpedos, aunque tengan tambien sus

sueños; pues cuando se ven absolutamente separados de sus hembras se abandonan á amorosos arrebatos, ó procuran por medio de diversos roces desembarazarse de un flúido sobrado estimulante. Los monos, y el hombre especialmente, abusan hartas veces de la facilidad de estos logros ilícitos y contrarios á la naturaleza; lo que prueba que la secreción del licor seminal es en ellos mas abundante que en los otros mamíferos. El hombre queda tambien mas abatido despues del coito que los demás vivientes, quizás porque derrama proporcionalmente mayor cantidad de esperma que los últimos; pues el gallo, el gorrion, y otros, cuyas cópulas son tan frecuentes, no espenden cada vez mas que una cortísima porcion de este flúido, y no hay en ellos intromision.

Aunque la duracion de la vida del hombre sea naturalmente larga, cuando no abusa de sus fuerzas, vive por lo jeneral menos tiempo que la mujer: este hecho se observa igualmente en todos los séres del sexo masculino comparados con sus hembras. Así es que en los vegetales dioicos, como el cáñamo, la vidarria, etc., aunque florezca primero la hembra, marchítase el macho despues de haber arrojado su pólen fecundante; entre los insectos, como por ejemplo las mariposas, perecen á veces los machos en el mismo acto, y sobre sus hembras, *animas in vulnere ponunt*; parece que deban toda su vida á su posteridad, en términos que los machos de las abejas, ó zánganos, abandonan en el coito sus órganos jenitales, que vienen á quedar

embebidos en la reina abeja. La próvida naturaleza quiso, y con razon, que el sexo femenino sobreviviese al masculino, para que zelase los productos de la jeneracion, hasta que acierten á subsistir por sí solos. Así es que las plantas hembras sazonan las semillas hasta que llega el tiempo de aventarlas, y los insectos y demás animales hembras mullen el lecho y suelen acopiar los primeros alimentos de su prole. Parece que el amor materno suple las fuerzas de todas estas hembras; bien que por otra parte, su constitucion mas blanda y húmeda, patrimonio de su sexo, no alcanza tan pronto como la complexion mas maciza de los machos, el último término de extrema aridez y dureza de órganos. Esta, en la decrepitud, entorpece, y finalmente atasca las ruedas de la vida; y este es el motivo porque se ven mas mujeres viejas que hombres ancianos.

¿Quién no admirará las sabias precauciones de la naturaleza, al ver que refuerza el ánimo y la razon del hombre en la época en que mas freno necesitan sus pasiones? En la infancia, permaneciendo aquellas prendas embozadas, sigue adormecida nuestra razon; y en la vejez, yertos ya nuestros impulsos, abandónanos la razon con la fuerza jenerativa. La pujanza de las pasiones es la que mas contribuye á acabalar nuestra razon, ejercitando y esplayando con mil vaivenes sus facultades; y por una conexion asombrosa, los hombres mas arrebatados por sus pasiones vehementes son al propio tiempo los mas productivos de rasgos sublimes, cual partos de sus vaivenes, y como si la naturaleza quisiese contrares-

tar los descarríos con los aciertos. En efecto, en esta contraposición reñida, vemos de continuo que las pasiones mezquinas esclavizan más al hombre menguado, por la inversa de los espíritus varoniles, encumbrados y magnánimos, cuyas pasiones todas se encaminan á objetos grandiosos.

Pero estas prendas eminentes del cuerpo y del alma, que dimanan de la facultad jenerativa, se pierden y desvanecen cuando de ella abusamos, puesto que se orijinan principalmente de la reabsorción ó difusión del esperma en el cuerpo que lo formó; así es que los hombres que se abandonan á los excesos de Vénus, sienten muy pronto quebrantado el espíritu y desfallecido el cuerpo. El derrame excesivo de esperma ofusca la memoria, da casi al través con la esclarecida facultad del pensamiento, desdora los conceptos, comunica un carácter cobarde y pusilánime al corazón y á sus arranques, y destronca la pujanza corporal. He visto hombres de aquellos que el embeleso del deleite habia prostrado, macilentos, exánimes y casi inmóviles, azorarse con el negocio más baladí, sin acertar con un pensamiento. Asustados con los acontecimientos más obvios de la vida, causaban compasión, y su sensibilidad, traspasada por las causas más fútiles, los constituía aun más desgraciados por lo que recelaban que por lo que realmente padecían. Siempre acongojados y melancólicos, el menor contratiempo se les hacía intolerable, y era tal su pusilanimidad, que pendían de la asistencia ajena para todo. El más leve esfuerzo les agobiaba; conti-

nuamente enfermos, su vida no era más que una dilatada agonía; y morían finalmente, después de haber sido un gravámen para la sociedad, inservibles hasta para sí mismos, sin dejar tras sí ninguna señal de su paso por la tierra, y menospreciados por cuantos los conocían. Tal es la suerte desventurada de muchos jóvenes que he visto ajarse en la flor de sus años, pereciendo miserablemente por haberse abandonado al desenfreno de sus inclinaciones, ya con las mujeres, ya por su abominable ejercicio en defraudar la naturaleza y encenagarse en sus apetitos.

Todos esos jóvenes descarnados, macilentos, de mirar abatido, de voz cascada y bronca, de andar trabajoso, de pecho apocado, de miembros endeblidos y enjutos, que se encuentran en las ciudades, son otras tantas víctimas de aquellas lastimosas inclinaciones, que semejantes á la emponzoñadora Circe, vierten las enfermedades y la muerte en la copa del deleite. Estas fruiciones matadoras vuelcan el ánimo y ajan la fantasía. ¡Cuánto padecimiento labran estos deleites á los alcances del embeleso! ¡Con qué arrepentimiento y pesares no se pagan aquellas fermentadas delicias! La salud ya desvalida sin término, toda la pujanza del alma destroncada, la estolidez y el oprobio que inutilizan los más floridos años de la juventud, la imposibilidad de desempeñar ningún cargo, de disfrutar las ventajas de la existencia, y por fin una muerte desastrada; tal es la suerte que aguarda á la imprudente juventud.

El esperma es efectivamente el bálsamo de la vida,

y fortalece el alma y el cuerpo. ¡ Qué enorme diferencia no media entre un eunuco y un hombre ! No es esta menor por cierto que la que deslinda al toro del buey, y al gallo del capon. ¡ Qué arrogancia, qué valor notamos en el primero, y qué cobardía y pavor en el otro ! ¿ Cómo es posible que un eunuco forme altos conceptos , partos del númen , cuando su flaqueza y su deleznable apocamiento para con los objetos mas despreciables le sujetan á un estrecho círculo (1) ?

Basta el mero olor para diferenciar un hombre vigoroso de otro afeminado; pues la reabsorcion del esperma comunica á la traspiracion, al sudor y á todas las partes del cuerpo un olor fuerte amoniacal, y á veces algo rijoso; al paso que las personas delicadas exhalan un vapor ácido ú soso como los niños y las mujercillas. Estos efluvios del hombre son un poderoso estimulante entre los sexos ; las mujeres ó muchachas casaderas y sanas estan así mismo empapadas de un olor natural que influye sobremanera en los hombres que se les acercan, aunque jeneralmente no lo reparan. Estas exhalaciones mútuas son incitativos, ó como asideros recíprocos, dispues-

(1) En su *Viaje al Cáucaso*, Julio Klaproth notó entre los Tártaros Nogais, así como entre los antiguos Escitas de Hipócrates, muchos impótenes ó eunucos, estado enfermizo, que dimana de estremada debilidad de cuerpo, de resultas de dolencias graves. La piel se pone arrugada, cae el pelo de la barba, párese el individuo en todo á una mujer. Reducido el infeliz á tal estado, esclúyenle los hombres de su sociedad, y solo puede tratar con las mujeres : estos desgraciados son conocidos con el nombre de *chess*, que en lengua turca equivale á *barbilampiño*.

tos por la naturaleza, no solamente en la especie humana, sino tambien entre los animales. Estos llevan ordinariamente glándulas olorosas cerca de los órganos de la jeneracion en la época del celo ; y así es que cada especie se husmea y atrae mútuamente.